

## MIS RECUERDOS DE JUAN GIL-ALBERT

**Francisco Brines  
Guillermo Carnero**

### **Guillermo Carnero:**

Juan Gil-Albert, como tú sabes, dejó España como exiliado en el año 1939 y regresó en 1947.

Juan tenía las manos limpias pues no había cometido ningún crimen, y no tenía carnet de ningún partido político, así que consideró que podía, sin peligro, volver a España, y tras ese retorno vivió en Valencia, durante un par de decenios, en una situación de semioscuridad. Fueron años en los que publicó bastante poco; realmente de todos los libros de esa época, sólo hay uno, titulado *Concertar es amor*, publicado en 1951, que tuviera una cierta resonancia, porque se publicó fuera de Valencia y en la colección Adonais, que era, en aquel momento, la más prestigiosa y la más conocida en el ámbito editorial poético español.

Todos los libros de Juan de aquel momento, con esa excepción, aparecieron en editoriales de muy poca o de ninguna relevancia, en editoriales de poca monta; si me permiten ustedes la expresión coloquial, en editoriales de medio pelo, y varios en edición pagada por el propio autor (la colección "Mis cosechas"). Al mismo tiempo Juan era en Valencia el centro de un reducidísimo grupo de amigos y devotos que lo seguían de un lado a otro para darle sensación de compañía en algunos actos literarios semiclandestinos, a alguno de los cuales recuerdo haber asistido. Daba así lecturas, intervenía en coloquios con un reducidísimo grupo de amigos en lugares semisecretos en los que, para poder entrar, había incluso que acreditarse previamente. No es que Juan fuera, propiamente dicho, perseguido durante sus primeros años de estancia en España, sino que, por si acaso, quería pasar totalmente desapercibido.

Lo que quisiera preguntarte es, en esas circunstancias, en el momento en que tú eras un joven escritor, en la época de tu primer libro, ¿cuándo supiste de Juan y cuándo te uniste a ese pequeño grupo de fieles y devotos que tuvo desde el primer momento en Valencia?

**Francisco Brines:**

Ante todo buenos días; iba a decir buenas noches porque apenas he dormido.

Yo conocí a Juan no en los años 50, sino en la época de la publicación de mi primer libro. Recuerdo que lo vi físicamente por vez primera, y de una manera inesperada, en la librería Rigal, una de las escasas librerías que había en aquella Valencia y, sin duda ninguna, la mejor de todas. En ella se recibían, además, algunos libros de América, clandestinos y ocultos, y la frecuentábamos personas de distintas edades interesadas por la literatura. Entre ellas, además de actores y jóvenes registradores de la propiedad, podía haber aprendices de escritor como yo, y una de las veces que estuve en la librería, el encargado, Pepe Pont (que era una persona de trato exquisito, y algo irónico), cuando entré me dijo: “¿Ha visto a un señor que se ha cruzado con Vd. en la puerta?” Yo contesté que no me había dado cuenta, y me respondió: “No se preocupe, volverá a entrar para ver si hablamos de él”.

Y efectivamente entró el señor, que era Juan Gil-Albert; en cuanto se fue, Pont me contó que era un exiliado que había regresado, porque en efecto, como ha dicho muy bien Guillermo Carnero, volvió a Valencia en 1947. En aquel entonces Juan se costeaba la publicación de una especie de folletos (con el pie de “Mis cosechas”), que no se distribuían fuera de Valencia ni siquiera en ella, porque la única librería en que se podían encontrar era la librería Rigal. Allí compré y leí uno que se titulaba *Contra el cine*, y también *Intento de una catalogación valenciana*, muy interesante y polémico, a pesar de lo cual no obtuvo la menor atención de nadie, y fue escandalosamente silenciado.

**Guillermo Carnero:**

Eso es típicamente valenciano, por otra parte.

**Francisco Brines:**

Sí, y también de aquellos tiempos monolíticos, porque era una visión –como todas las de Juan– objetiva y honesta desde su punto de vista pero dura, ácida incluso, aunque siempre cortés; y sin embargo no tuvo eco ni entre los que estaban a favor en algunos de sus puntos, ni entre los que estaban en contra. Esos fueron mis primeros encuentros con la persona, sin mediar presentación, y de lector con la obra de Juan.

Más tarde leí *Concertar es amor*, el libro publicado en Adonais, que también pasó desapercibido porque era un libro de sonetos, y el garcilasismo había hecho inviábiles los sonetos en la poesía española. Además no eran sonetos a lo Blas de Otero, que hubieran sido aceptados por heterodoxos o de temática social, sino unos sonetos domésticos, un canto al reencuentro con la casa familiar y la ciudad de Valencia. El libro, como he dicho, pasó totalmente desapercibido, como si lo hubieran tomado por un ejemplo más de garcilasismo, cosa que no era en absoluto. Recuerdo que, ya pasado cierto tiempo, hubo sobre el libro una “tercera de ABC” (la página principal y primera de texto), firmada por Gerardo Diego.

Gerardo siempre fue, en el mejor sentido de la palabra, un poeta y un crítico inactual, que no seguía tendencias ni modas de ninguna clase, y podía publicar un libro de sonetos seguido por uno creacionista, escrito antes de la guerra. Ese libro, *Concertar es amor*, lo leí y, aunque me gustó, no me llamó mucho la atención, no me impresionó, y eso tuvo que ser hacia el año 60, porque ya había publicado mi primer libro (el Premio Adonais de 1959, que salió en 1960). Señalo esto porque me hace recordar que, yendo yo por la calle Colón en Valencia, cruzó un muchacho desde la otra y me preguntó si yo era Francisco Brines. Al decirle que sí se autopresentó; era un estudiante de unos 18 años, Jacobo Muñoz, actual catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad Computense. Y fue él, en aquel año de 1960, quien me presentó a Juan Gil-Albert. Recuerdo que, viviendo yo entonces en Madrid, iba a Valencia por Navidades y Pascua, y era entonces cuando salíamos juntos con Juan, y solíamos dar paseos por el puerto hasta el faro. Sobre todo nos interesaba lo que él había vivido o nos podía contar de los exiliados españoles, principalmente de un poeta que para nosotros, como lo fue para toda la generación del 50, era el que nos interesaba más de toda la del 27, Luis Cernuda.

No hubo por lo tanto tertulias propiamente dichas con Juan, al menos en lo que me atañe, sino encuentros esporádicos en esos paseos portuarios, o charlas aún más esporádicas en una terraza de café. Y empezó a anudarse nuestra amistad; digo esto porque he revisado dedicatorias de libros, y he visto la fecha manuscrita de 1960 en la del libro en prosa sobre Pedro de Valencia, y en ella escribía que entonces se iniciaba entre nosotros una amistad que él pensaba progresaría con el tiempo.

### **Guillermo Carnero:**

Tú sabes que la recuperación de Juan Gil-Albert tuvo un primer momento que me atrevería a calificar (aunque yo era entonces casi un niño, por lo tanto no un testigo fidedigno) de frustrado. Me refiero a dos libros de aquella época, *Poesía y Concierto en mí menor*, ambos publicados por la editorial de la revista

*La Caña Gris*, portavoz de un grupo de escritores valencianos que antes se había propuesto la recuperación de Luis Cernuda.

Tú formabas parte de ese grupo que intentó recuperar a Luis Cernuda. Mi pregunta es doble: primero, ¿quiénes formaban ese grupo? Y en segundo lugar, ¿Juan tuvo alguna intervención en la recuperación de Luis Cernuda?

**Francisco Brines:**

En realidad no hubo tal grupo. *La Caña Gris* fue una idea de Jacobo Muñoz, al que he mencionado antes, porque no había en toda Valencia, ni en toda la Comunidad Valenciana, en mi adolescencia y juventud, una sola revista. Anteriormente hubo una, *Verbo*, de José Albi y Joan Fuster. Entonces se inició *La Caña Gris*, que hacía Jacobo Muñoz con el apoyo informal de unos amigos. Yo publiqué allí poemas y algún texto anónimo. Juan publicó en todos los números de la revista, poemas y también alguna prosa. Acaba de salir una reedición facsímil de la revista en la editorial Renacimiento. Hubo en ella invitados como Vicente Aleixandre, Carlos Bousoño, Carlos Sahagún, Eladio Cabañero, Mariano Roldán. Y en el número final de la revista, José Hierro y José Olivio Jiménez. A todos ellos les pedí yo colaboración.

**Guillermo Carnero:**

Yo quería saber si Juan estaba personalmente implicado en recuperar a Cernuda.

**Francisco Brines:**

Juan hablaba de Cernuda y lo admiraba mucho, cosa que se observa en su obra; pero no tuvo allí ninguna intervención especial, en el sentido de que quien lo llevaba todo era Jacobo Muñoz. *Concierto en mi menor* y *Poesía* fueron los libros de Juan a los que Jacobo cedió el necesario pie editorial, en este caso el de *La Caña Gris*.

Había otros poetas al principio, como Alfonso López Gradolí, y estaba también –pues aunque era de Cartagena estudiaba en Valencia el bachillerato–, alguien que ha sido y es un personaje de gran importancia en el campo de la investigación artística, y que fue gran director del Museo del Prado. Entonces era sólo un joven poeta, Alfonso Pérez Sánchez.

Otra de las cosas curiosas que se pueden decir de *La Caña Gris* es que hay en ella una reseña crítica de *Poemas a Lázaro*, el libro de Valente, firmada por un jovencito que se llamaba Ramón Pelejero, el cantante Raimón, cuyas canciones *Al vent* y *La pedra*, las únicas que había compuesto hasta entonces, le oí cantar por primera vez en casa de Jacobo.

**Guillermo Carnero:**

Es decir, que era un grupo de una gran importancia cultural en aquella Valencia semimuerta de los años 50 y 60.

**Francisco Brines:**

De hecho no actuábamos como grupo. Yo no sé si los demás se verían asiduamente, al estar en Valencia todo el año; es muy probable. Yo tenía otro grupo de amigos que también colaboraban, como el poeta Ricardo Defarges y el novelista Vicente Puchol.

**Guillermo Carnero:**

En ese “no grupo” de *La Caña Gris*, ¿existía alguna relación entre el interés por rescatar a Cernuda y el interés por dar a conocer y sacar del olvido a Juan? Quiero decir, ¿os parecía que existía una poética común o análoga entre Cernuda y Juan, y que esa poética merecía ser defendida? Y en el caso de que me contestes que sí, ¿esa poética tiene alguna relación con la reflexión ética que tú aportaste desde tu primer libro a la generación del 50?

**Francisco Brines:**

Habría que matizar todo eso. Efectivamente, había una conexión entre Juan Gil-Albert y Cernuda como poetas, en el sentido de que en toda la generación del 27 el más esteta y también el más ético es Cernuda, y sí que había una cercanía de Juan en lo primero. Yo creo que Juan es uno de los que más pronto supieron ver la importancia que iba a tener Cernuda. En la poesía española ha habido tres magisterios importantísimos. Juan Ramón el principal, luego Antonio Machado y Unamuno. El de Antonio Machado a partir de la guerra, y el de Unamuno intermitentemente; y con mayor y más constante caudal, el de Juan Ramón. Quien lo sustituye entre los poetas posteriores es Luis Cernuda, y uno de los primeros que lo percibió fue Juan Gil-Albert, sólo un año más joven. Yo creo que el primer libro en que ya empieza a perfilarse la poesía de Juan, que es *Son nombres ignorados*, ya hay una presencia cernudiana, y luego en *Las ilusiones*; una presencia del Cernuda de *Invocaciones*, que estaba en la primera edición de *La Realidad y el deseo*. Pero aún no había tomado cuerpo el poeta ético que aparecerá después en la poesía de Gil-Albert; ese discurso ético que tú aprecias en mi poesía se hace un tanto apoyado en la ejemplaridad de la obra de Cernuda, y creo que es así como coincide también con el de Juan.

**Guillermo Carnero:**

Pero en su obra final, ¿verdad?

**Francisco Brines:**

Así es. Y además, teniendo en cuenta que es una ética, en el caso de los tres, que aparece como una disidencia de la moral general, y del intento de encontrar una ética personal; y como los hombres no están aislados ni son únicos, se puede llegar también a una nueva moral colectiva. Yo creo que una de las cosas que más ha importado de Cernuda a las generaciones posteriores ha sido precisamente esa posición ética en su poesía, una ética individual necesaria y, por ello, con posibilidad de llegar a ser colectiva.

**Guillermo Carnero:**

Tú sabes que existe una leyenda (y puedo asegurar que es una leyenda basada en la realidad), acerca de la inmensa vanidad y egocentrismo de Juan Gil-Albert, incluso de su falta patológica de interés por todo aquello que no fuera su propia obra y su propia persona.

Yo recuerdo, por ejemplo, por citar una anécdota pintoresca, que un día en su casa me soltó: “¡Guillermo! ¿Qué digo en la página 41 de tal libro?” Imagínense ustedes, con una obra extensísima, de miles de páginas, me suelta eso. Pero daba la casualidad de que yo había leído aquella obra un par de días antes para escribir un artículo y me acordaba (eso lo conté en televisión hace unos días, porque es uno de los recuerdos más entrañables que conservo de Juan), y cuando le dije lo que decía la página 41 se le iluminó el rostro. Pensó, sin duda: “¡Este chico se sabe mi obra completa de memoria!”

¿Nos puedes contar alguna anécdota a ese respecto, acerca de la vanidad pintoresca y a la vez enternecedora de Juan?

**Francisco Brines:**

Muchas, pero esa que he contado de mi primer encuentro con Juan ya lo dice todo: el hecho de que el encargado de la librería supiera con certeza que volvería para ver si estamos hablando de él.

La suya era una vanidad un poco infantil, pero nunca hiriente ni acompañada de nada negativo. Era una vanidad que, en sus circunstancias personales, se volvía una virtud cardinal, fortaleza, porque aislado por completo de todo el mundo y con la necesidad de continuar escribiendo, su obra exigía estímulos, ese asentimiento que todo artista, escritor, músico o pintor necesita, para darle seguridad de que su obra es verdaderamente importante. Es entonces cuando el trabajo obtiene su justa compensación. Juan lo necesitaba mucho, al margen de su vanidad natural. Pero ya te digo que era una vanidad inocente, un pecado venial por excesivo.

**Guillermo Carnero:**

Que producía ternura, ¿verdad?

## **Francisco Brines:**

Mucha ternura; y además, los defectos de las personas a las que queremos no nos disgustan, e incluso nos pueden encantar. Puedo contar anécdotas que son unas más o menos graciosas que otras. Por ejemplo, una vez estábamos en Madrid, cuando él ya era conocido y ya había llegado el *boom* de Gil-Albert. Estábamos comiendo con Juan un grupo de poetas, algunos muy jóvenes, y en un momento determinado se hace un silencio y oímos la voz de Juan: “¿Es que ya no os acordáis de Juan Gil-Albert, que hace diez minutos que no habláis de él?” Nos hizo mucha gracia a todos, nos inspiró ternura esa queja, pues era como la del anciano que está deseando que el joven que entra le dé un beso o que le haga una carantoña. Recuerdo que cuando se celebró el cincuentenario del congreso antifascista que hubo en Valencia en 1937, tuvo lugar allí un reencuentro con los supervivientes de aquella época, y vino mucha gente de fuera. Uno de los más importantes que llegaron fue Octavio Paz, que estuvo en aquella Valencia cuando era muy joven. Pasados unos años me contó una anécdota de Juan en aquellos días. Debo decir que éste fue secretario de la revista *Taller*, que Paz dirigía en Méjico, y sé que Juan almorzaba un día a la semana en casa de Octavio Paz y Elena Garro; era también una manera de socorrerlo porque los exiliados vivían con muchas carencias, y Elena le caía muy bien a Juan. Digo esto porque Octavio, cuando vino a Valencia, quiso que conociera a Marie Jo, su nueva esposa, y fue la primera y quizá la única persona de quien he oído hablar despectivamente a Juan; me dijo que le había parecido no sé qué que no voy a repetir aquí, y eso que la acababa de conocer, pero en realidad yo sé que estaba quejándose de que Octavio se hubiera apartado de Elena Garro, a la cual Juan quería tanto. Octavio Paz, pasado el tiempo, como ya nos conocíamos más, me contó que le llamó por teléfono, en aquel viaje suyo a España, días antes del reencuentro personal, y que no le dejó ni siquiera saludarle, adelantándose a contarle el éxito que tenían en España sus libros en aquel momento, 1987.

Otra anécdota sin mayor importancia. Juan tenía un pariente cercanísimo, muy buen poeta, que era Cesar Simón, y yo le pregunté un día :“¿Qué es lo que está haciendo Cesar?” Yo me estaba refiriendo a su poesía, y él me contestó con naturalidad: “Pues no sé, porque él no me habla de eso, pero el libro que está escribiendo algo sobre mí lo tiene detenido”. Así era Juan porque era su naturaleza, pero nunca era hiriente con nadie. Recibió en una ocasión una carta con una frase muy elogiosa para él, y te la repetía una y otra vez. Esas cosas le estimulaban a seguir escribiendo. Por eso yo creo que en él la vanidad, más que un defecto, fue, como ya he dicho, la fortaleza que necesitaba para la continuidad de su escritura.

### **Guillermo Carnero:**

La verdadera recuperación de Juan se produce, como tú sabes, en la Barcelona de los años 70, donde en pocos años se publican *Fuentes de la constancia* (la antología que lo da verdaderamente a conocer como poeta), se publica *La metafísica*, se reeditan *Las ilusiones*, aparece *Mi voz comprometida* (una recopilación alterada o contrahecha de su poesía de combate durante la Guerra Civil), y en prosa obras magníficas como *Crónica general* y *Drama patrio*. Todo esto ocurrió en 5 ó 6 años, y en ello intervinieron personas de la talla de Jaime de Biedma o Carlos Barral, y las editoriales más importantes que existían en Barcelona, que era entonces la capital editorial de España.

¿Por qué crees que se produjo ese fenómeno en Barcelona, y qué consecuencias tuvo a tu modo de ver?

### **Francisco Brines:**

En esto yo intervine directamente sin poder sospechar sus consecuencias. Ya he dicho que en Valencia no había editoriales ni revistas, y la vida cultural era muy pobre. Entonces yo tuve la ocasión de publicar (me lo pidieron) un libro en Ocnos, una colección de poesía de Barcelona, y aprovechando un viaje mío a la ciudad visité a Joaquín Marco, que era el director de la colección. Antes le había dicho yo a Juan que iba a intentar que le abriesen las puertas de Ocnos. Yo era partidario de un libro inédito, porque tenía cajones llenos de originales en prosa y en verso, pero él me dijo que prefería una antología, que es lo que se publicó. Cuando fui a casa de Joaquín Marco le hablé de Juan como un buen escritor exiliado y desconocido, y al oír su nombre dijo de inmediato que sabía quien era. Se levantó, abrió un armario a ras de suelo y de él sacó varios números de *Hora de España*, y me dijo que Juan había sido secretario de aquella revista. Lo conocía, pues, pero ignoraba que estuviese viviendo hacía ya tantos años en Valencia, y eso es lo que tan justamente se ha llamado su exilio interior. Inmediatamente me dijo que le publicarían, con lo cual no tuve, por así decirlo, que vender la mercancía; fue algo que Joaquín Marco no pensó dos veces.

En el consejo de redacción de la colección estaban Gil de Biedma y Carlos Barral, y creo recordar que también Castellet, Vázquez Montalbán y Gimferrer. Al publicarse el libro conoce a Juan todo ese grupo, y es Jaime Gil de Biedma quien se siente seducido hasta el punto de ir a Valencia a conocer a Juan, que también encantó a editores barceloneses minoritarios pero prestigiosos, como Rosa Regás o Beatriz de Moura. Así empezaron a publicar todo lo que Juan había ido aparcando en sus cajones, y fue quizá prematuro –Vdes. dirán “vaya paradoja”, siendo tan tarde–, pero así fue porque, como él mismo dijo, “ha llegado mi júbilo con mi jubilación”, y se puso en primera fila a disfrutar del éxito y dejó



prácticamente de escribir. Si se hubiera retrasado un poco más ese éxito –ya que la vida fue generosa con él y vivió mucho–, probablemente hubiera escrito más libros de los que escribió.

### **Guillermo Carnero:**

Voy a leerle unas cuantas frases del libro de Juan sobre Gabriel Miró.

Dice Juan: “Hay muchas sensaciones en nosotros que están ociosas, frescas y sin usar, y las frases cinceladas de Miró tienen el privilegio de levantar un alarido virginal de ondas enervatorias que llegan hasta las sienes y las uñas y al extremo más sensible de la nariz, con toda la palpitante osadía de lo que aún está caliente de pristinidad. [...] En los libros de Miró están reunidos todos los elementos capaces de hacer vibrar un alma delicada... [...] La visión del paisaje es sin duda ninguna la nota más característica del escritor más sensitivo. Yo había leído hasta entonces descripciones brillantes, impresionistas y minuciosas; hube de confesarme, al llegar a Miró, que en ningún otro había como en él esa percepción sutil de la tierra y del vegetal hasta dárnoslas en su esencia más tierna y aquilatada. [...] En la obra de Miró las palabras no caen en tropel con el único deseo de redondear una frase o apoyar un período, sino que cada una tiene una visión que pudiéramos llamar fisiológica, de funcionamiento vital, y la frase entera una saturación literaria, un adensamiento espacioso que levanta en el espíritu las emociones más perfectas”. Esto es lo que pensaba Juan de Gabriel Miró.

Hay quienes consideran que Juan era ante todo un prosista, y yo querría preguntarte si crees posible que, aun teniendo en cuenta el magisterio de Gabriel Miró (autor a quien por otra parte yo no sabría si calificar de poeta, de prosista o de ambas cosas a la vez), la prosa de Gil-Albert se explique sin la imaginación, sin el espíritu y sin las lecturas de un poeta, y en concreto sin la lectura de Gabriel Miró.

### **Francisco Brines:**

Juan debe mucho, efectivamente, a Miró. Muchas veces admiramos a un maestro literario porque nos enseña en su madurez, lo elegimos porque coincide con nuestra sensibilidad, y por eso nos fijamos en él: Ocurre así cuando un poeta escribe sobre otro poeta porque comparte cosas con él. A veces pecamos de superficiales al hablar de influencias como si se posesionaran de una persona, y no es que no haya casos irrefutables de ello, pero nunca en el caso de Juan, que tenía una gran personalidad propia.

Una vez nos planteamos unos amigos hacer una antología de poesía valenciana, que finalmente no se hizo, y yo defendí que esa antología fuera precedida, como poetas, de dos escritores alicantinos, Azorín y Miró. Ahora que se publican antologías de prosa poética y que en ella el maestro, en cuanto a la

variedad y la cantidad, es Juan Ramón Jiménez, no deberían faltar tres escritores que nunca publicaron un solo verso, que son Azorín, Miró y Gómez de la Serna, cuyas obras son conformadoras de buena parte de la poesía contemporánea.

Otro poeta alicantino, inferior a los que he nombrado, pero personaje también interesante de su tiempo, Juan Chabás, también tenía la misma devoción por Miró; y cuando fue, veinteañero, a Génova de lector en la Universidad, consiguió que Miró mandara un libro dedicado para cada uno de sus alumnos, y dio una conferencia sobre él. Es decir que Miró era maestro de poetas, como lo fue de Juan en su formación, y éste fue poeta y prosista con mayúscula.

### **Guillermo Carnero:**

Aparte de la influencia evidente y confesada de Miró, hay en Juan otra gran influencia, confesada también en un espléndido poema de *Las ilusiones*, como tú recordarás. Proust es una de las fuentes más directas de *Crónica general*, ese libro que convirtió Valencia en un mito, no sabemos si real o imaginario. Yo te querría preguntar qué opinas de *Crónica general*, en el sentido de si es una autobiografía o una fábula. Y otra pregunta quizá más difícil de contestar: ¿Crees que Juan era capaz de ver la realidad tal como era, o sólo la veía a través de sus sueños y de sus mitos, y no sabía distinguir si estaba fabulando o contando recuerdos reales?

### **Francisco Brines:**

Yo te pondría un ejemplo: si estuviéramos nosotros con algunos amigos, y asistiéramos a un suceso y luego escribiéramos cada uno de nosotros sobre él, probablemente cada versión (y no me refiero al estilo sino al contenido) sería bastante distinta. Cada uno ve las cosas desde sí mismo, y aquello que le importa de ellas, y lo idealiza o le da la importancia que otro no le daría. Por ejemplo, Juan era capaz de describir, con todo detalle, un vestido que llevaba su madre, su color, su sombrero, las alhajas, como si estuviera haciendo un retrato en aquel momento, cuando habían transcurrido muchos años. Otro no se acordaría de semejantes cosas. Nos fijamos en aquella parte de la realidad que nos importa; por lo tanto, hay en Juan recuerdo, autobiografía y fantasía, quizás una determinada realidad que él veía y a la que le daba una importancia que otro no le daría.

Yo creo que lo que veía Juan era la realidad desde su propio yo, algo que en mayor o menor medida nos ocurre a todos. Juan era muy apasionado; amaba la vida, y por eso es uno de los escasos poetas hímnicos que existen. Casi todos los poetas somos elegíacos, lo cual no es más que ser hímnico de otra manera; el hímnico habla desde la exaltación, desde el entusiasmo, mientras que el elegíaco celebra la vida desde su pérdida, pero no es por eso menos hímnico. Pero la gente, cuando es feliz, vive y no escribe. Si yo he escrito poesía es porque no he sido

siempre feliz. Sin embargo hay algunos, aunque pocos, que escriben desde la felicidad.

**Guillermo Carnero:**

Casi deberíamos felicitarte por no haber sido siempre feliz, y desear que en el futuro sigas sin serlo, para que nos sigas ofreciendo espléndidos libros de poesía.

**Francisco Brines:**

Si hubiera que elegir entre una cosa y otra, elegiría ser siempre feliz. Pero también la poesía, cuando te satisface, te da felicidad y te redime de su carencia.

**Guillermo Carnero:**

Tú sabes que Juan, entre otras coqueterías innumerables, tenía la de ocultar su edad, incluso cuando era ya un anciano. Ése era uno de los rasgos que lo hacían, a mi modo de ver, más enternecedor y más infantil al mismo tiempo.

Publicó sus dos primeros libros de poesía en 1936, como sabes, y después de llevar, desde 1927, publicando libros de prosa que no correspondían al espíritu de la vanguardia, sino que eran libros arcaicos, herederos del Modernismo. Por ello, entre otras razones, estuvo durante mucho tiempo confusamente situado en la cartografía generacional literaria española, por no decir ausente de ella. Tú hablas en un artículo de “ambigüedad generacional” a propósito de Juan, y me gustaría que nos aclararas ese concepto.

**Francisco Brines:**

Yo escribí un ensayo extenso que apareció en la revista *Calle del Aire* de Sevilla, la primera revista que dedicó un homenaje a Juan. Se lo di a leer previamente a él, porque tenía que situarlo generacionalmente según la edad que decía tener. Resultaba que Juan tenía un año menos que Altolaguirre, componente de la generación del 27, y tres más que Vivanco, componente del grupo del 36. Entonces, ¿dónde lo colocaba, en el 27 o en el 36? Él, que en realidad había nacido en 1904, se quitaba dos años, y continuó dejando 1906 como fecha de nacimiento cuando le di a leer el artículo. Se levantó un día de la cama dispuesto a cumplir 78 años, y al abrir el periódico recibió la noticia de que era ya octogenario. Verdaderamente son demasiados años en una mañana.

Conste que no es el único que pretendió rejuvenecerse; cuando Gerardo Diego hizo su antología sobre la generación del 27, Vicente Aleixandre y García Lorca, que nacieron en 1898, para pertenecer íntegramente al siglo XX querían quitarse dos años. Después desistieron de la fechoría. En el caso de Juan, que ya pertenecía al nuevo siglo por haber nacido en 1904, creo que fue por coquetería.

Yo soy partidario de hacer lo que Antonio Gala, que tiene 3 años más que yo y ahora parece tener 6 menos, y va desprendiéndose de años a medida que los cumple.

¿Qué ocurre entonces con Juan? Como tú has dicho muy bien, ante todo tiene una determinada educación literaria que hace que sea un rezagado en sus inicios, al contrario de lo que le ocurrió a Miguel Hernández, que tenía unos amigos en Orihuela que estaban al día, y así pudo conectar con la literatura viva de los jóvenes de aquel momento. Así Miguel, que era más joven que Juan, estaba en sus inicios más cerca del 27, estética y estilísticamente.

Juan publica su primera poesía, dos libros a la vez, en el año 1936: un libro de sonetos con rasgos a la vez clásicos y de vanguardia, aunque poco integrados, y luego otro libro, *Candente horror*, un libro directo social y político, y en el que además arremete contra dos cosas que han dado siempre, antes y después, sentido a su vida, la belleza y la soledad. Hay que reconocer que en eso era un libro falso. En 1936, perteneciendo cronológicamente al 27, está dispuesto a subir, pero el tren del 27 ya ha salido. Además, las generaciones se conforman cuando los escritores son jóvenes, que es cuando hay más similitud entre ellos; no después, cuando cada uno, si tiene personalidad, hace su propio camino, como ocurrió con la del 50 y todas las demás.

Además el 27 es ante todo una generación de poetas aunque haya en ella prosistas. Hay otro escritor coetáneo, el director de la revista *Cruz y Raya*, José Bergamín, poeta tardío y prosista igual que Juan, que escribe su poesía después de la guerra civil, de modo que nadie lo nombra como poeta del 27 aunque tiene interés, porque le sucede que toma el tren de la poesía cuando ya ha salido. Tanto a Bergamín como a Juan les ocurre algo parecido. De haber entrado Juan en la nómina generacional del 27 sería mucho más conocido de lo que es, y además hubiera dado a la misma otro poeta importante, y una gran y mayor riqueza en el ámbito de la prosa.

### **Guillermo Carnero:**

Es cierto que la coquetería de los ancianos es en ocasiones verdaderamente sorprendente y conmovedora. Yo recuerdo haber estado una vez en el jurado del premio “Príncipe de Asturias”, entre ancianos, entre ellos don Gonzalo Torrente Ballester. Recuerdo una conversación entre él y otro anciano de su misma edad, y hablando de un amigo común que no estaba allí presente, el otro le preguntó a Torrente Ballester: “Gonzalo, ¿cuántos años tiene fulano?” Torrente contestó que 87, y el otro exclamó: “¡Quién los pillara!”

A partir de *La metafísica* y *A los presocráticos*, Juan asume una reflexión estoica, bastante desesperanzada en ocasiones, de palabra desnuda, contenida,

a veces hermética, siempre muy sintética y muy densa, y que contrasta con ese hedonismo característico suyo, con esa explosión de vitalidad de su obra inicial acerca de lo sensorial, del paisaje y del amor. ¿Cómo ves tú esa última época de la poesía de Juan? ¿Te parece que hay una ruptura, o sólo un cambio menor? ¿A qué crees que se debió ese evidente nuevo rumbo en carácter y espíritu?

**Francisco Brines:**

Yo creo que no hay ruptura sino evolución. Creo que todas las personas –al menos yo me considero así– hemos tenido varios rostros a lo largo de la vida, rostros y cuerpos distintos, y lo mismo nos ha ocurrido en el alma, en el espíritu, si bien manteniendo puntos de identidad a lo largo del tiempo, que es lo que nos hace percibir nuestra permanencia como personas únicas e individuales.

Juan ha sido siempre el mismo, pero tuvo una vida dura, tuvo que romper con muchas cosas, social y políticamente, antes del destierro, durante él y a su regreso. Eso lo cambió, pero en la poesía mantuvo su más firme identidad, su asentimiento incondicional a la vida. Empieza a preocuparse también, cosa normalísima, por la muerte, porque es la cesación de esa vida tan estimada. Cuando hablamos de la muerte no es que seamos necrófilos, es que somos amantes de lo que ella nos quita. La vida, lo que nos importa primordialmente, es un don que se nos arrebató con la misma gratuidad con que se nos da.

Yo creo que en el último Gil-Albert hay una mejoría formal en la escritura; no tiene aquel entusiasmo que era ante todo afirmación de vida, sino que entra en escena lo que hemos comentado antes: ética, moral y gravedad de voz, pero yo creo que todo mejor expresado que nunca. El libro que más me gusta de Juan es *Homenajes*, que constando de más de cuarenta poemas está escrito en un verano; y lo que sorprende en ellos es que tienen la transparencia del agua clara de ese arroyo cuyo cauce estás viendo a su través. Lo bueno de Juan es que, teniendo un libro como *Las ilusiones*, también tiene estos libros finales, y yo creo que dependerá del lector el que le guste más lo uno o lo otro; a ti ya veo que te gustan más *Las ilusiones*, y a mí el que más es *Homenajes*. En fin, creo que Juan Gil-Albert tiene ese abanico de posibilidades, y esas dudas de escritura que tenía ya en *Las ilusiones* se correspondían con ese período largo que tiene su prosa, de la que yo le dije una vez que lo acercaba a Santa Teresa, y a él le agradó mucho porque le gustaba Santa Teresa como escritora. Creo que la poesía se le dispersaba un poco en *Las ilusiones*, y luego sin embargo se hizo más concreta y grávida. En ello estoy más cerca de esa etapa final suya porque añade un poso de reflexión mucho mayor, y poéticamente más objetivable.

**Guillermo Carnero:**

Entonces tú dirías que con el tiempo aflora y se incrementa en Juan un tono de leve melancolía que siempre tuvo, porque en *Las ilusiones*, a pesar de su estallido sensorial y vital, hay un tono de melancolía subterránea, e incluso en *Misteriosa presencia*. ¿Tú dirías que Juan pasó de la tenue melancolía a la reflexión ética y la desesperanza?

**Francisco Brines:**

Juan se va transformando en un poeta himnico y elegíaco a un tiempo. Himnico porque siempre está afirmando la vida, pero hay en él un deje elegíaco cuando percibe que se acerca un final en que la posibilidad del himno va a desaparecer, y entonces quiere cantar la vida en su claroscuro, sabiendo que la tiene que abandonar.

**Guillermo Carnero:**

Para terminar, quisiera que nos dijeras si te parece que Juan es un escritor relativamente desconocido. No me refiero a los especialistas ni a los profesores de literatura, sino a los lectores. ¿Qué crees tú que les puede ofrecer a los lectores y a los jóvenes poetas de hoy? Y además, quisiera pedirte que, si tuvieras que escoger un poema de Juan, nos dijeras cuál es y nos lo leyeras para terminar el acto.

**Francisco Brines:**

Yo creo que Juan sigue siendo el escritor que era, y que en el tiempo que ha transcurrido los hombres no han cambiado, así que tiene que interesar hoy lo mismo que nos interesó a nosotros cuando éramos jóvenes. Creo que si nos interesan, por ejemplo, los escritores griegos, es porque el hombre no ha cambiado esencialmente desde entonces; ha cambiado la sociedad, pero en lo esencial el hombre sigue siendo el que era, es decir, tiene el mismo entusiasmo por unas cosas, la misma ignorancia de otras, se hace las mismas preguntas tanto si es un hombre cultivado como si es un analfabeto. Son las preguntas que se hacen todas las religiones, pero éstas dan respuestas dogmáticas, mientras que esa pregunta, sin una respuesta contundente sino insegura o dudosa, hace que en cada individuo aflore el problema de saber cuál es el sentido de la vida. Eso es lo que hace que continuemos emocionándonos con los autores de la Antigüedad, que además son la base de nuestra propia cultura; y que en el caso de Juan han pasado muy pocos años, y sigue teniendo el mismo interés para todos. Juan siempre ha hablado al hombre, y además había asimilado toda una cultura anterior a él, que se iniciaba en la filosofía grecolatina, en la poesía

árabe, en la cultura francesa, incluso en la mística española, así que ha sido un asimilador de diversidades que han nutrido a muchos y durante siglos. Creo que Juan está ahí, vivo como antes. El problema no es suyo, consiste en que no haya más lectores preparados, que se sientan felices en el encuentro con un escritor de valía como él; que haya una mejor educación y que la minoría lectora de poesía sea cada vez más amplia.

Lo que decía Juan Ramón de “la inmensa minoría” es inevitable, la habrá siempre, y habrá unos libros que llegarán a más gente que otros. Creo que es una suerte para Juan el necesitar un lector que tenga afinada la sensibilidad, y que la afinará más aún con la lectura de sus textos.

El poema que voy a leer lo he escogido porque en mi estado anímico actual conecto con él: se titula “Lo póstumo”, y es el que cierra su libro *A los presocráticos*. Dice así:

Más allá nos espera el fuego ardiente  
de no se sabe que fruición o enigma  
que nos espanta: el fuego solitario.  
Como un sutil reclamo de este mundo,  
como una exhalación nos transformamos  
en nuestra propia ausencia: un día el hijo,  
una mujer o el mismo compañero  
de nuestra juventud dice con pasmo:  
ya no está aquí conmigo. Un rastro leve,  
un nostálgico objeto, unas palabras  
que quedaron escritas nos evocan,  
con una concisión insuperable,  
inevitable,  
y nada está más vivo que el recuerdo  
de nuestro resplandor. Es el tributo  
póstumo que se paga a la persona,  
a ese ser que hace poco respiraba  
el mismo aire sutil de la existencia  
y que ya no será sino el vacío  
que contiene su nombre, el infinito  
de alguien que se ha marchado, un ser remoto  
cuyas huellas tangibles humanizan  
nuestra desolación.  
Vivamos plenos  
esto que se nos da sin esperanza;  
vivamos atentos al murmullo

de esta carne mortal. Vivamos solos  
puesto que el sino nuestro es solitario  
dentro de las fronteras regulares  
de nuestro cuerpo.  
Un día estallaremos  
sin que nadie nos pueda acompañar.  
Sola está el alma, sola en su proceso  
de vida y muerte: un pacto intransferible.  
Pero, ¿cómo olvidar que en el paraje  
terrenal donde el hombre se hace hombre,  
bajo las arboledas, frente al viento  
del mar azul, dejamos para siempre  
sin remisión, con ropas, techo, oficio,  
lo que es más dulce acaso que la vida:  
la humana convivencia?

Fíjense Vdes. en que en este poema, que es de afirmación de la vida, de la existencia, desde el más allá, porque lo titula precisamente “Lo póstumo”, lo que destaca de la vida –y ésta es la evolución espiritual de Juan–, no es la belleza del mundo sino la humana convivencia, y esa frase de lo que está hablando es de su ética.

Yo quisiera, si queda tiempo, leer otro poema que publicó en el año 1938 en *Hora de España*, no porque sea un gran poema sino por su carácter premonitorio; considérenlo como si hubiera sido escrito después del exilio. Se titula “El culto familiar” y consta de dos partes, de las cuales voy a leer la primera, “La morada”. En 1938 escribe lo que viviría en el futuro, su vuelta del destierro transoceánico, e intuye también la absoluta soledad que le aguardaría en Valencia después de tantos años. Dice así:

Lejos están los tiempos  
en que cruzando el mar  
o las tierras ya abiertas  
que no me pertenecen,  
llegaré a la ciudad de la costa  
como vuelve de un sueño  
la razón sorprendida,  
y con el corazón resonando horrorosamente  
veré la casa en pie,  
sus umbrales eternos,



y por la lúcida escalera de la felicidad  
subiré hasta el amor inalterable  
donde, como guirnaldas,  
los brazos de una madre no envejecen.  
Allí entero el hogar  
con aquel que transido  
llorará su ruina y mi regreso,  
las hermanas hermosas como auroras  
y sus hijos desconocidos  
que habrán de sorprenderme como flores.  
Ya allí el aire nuestro,  
nuestra y hermética  
la íntima pasión de los recuerdos  
balanceando en torno de las voces,  
las miradas, los gestos de las manos singulares,  
sus altos tallos que soportan tesoros de bruma.  
Y al final, mi estancia vacía,  
con la soledad sobre el lecho,  
más espantosa que nunca,  
como un abismo sin frondas,  
quieta.

Parece un poema escrito nueve años después; no en balde se llama en ocasiones “vates” a los poetas. Este poema es el vaticinio de lo mucho que habría de sobrevenirle.

Muchas gracias.

**Guillermo Carnero:**

Muchas gracias a Francisco Brines por tan espléndida faena; lo digo en el sentido taurino, y por el privilegio que ha sido hoy para mí ser su banderillero.